

Un Espejo Azul: Reflejo de un amor

Sandra Ovies Fernández



Sandra Ovies Fernández

Un Espejo Azul

Reflejo de un amor

*Un amor más allá
de la muerte*

Capítulo 1

Una noticia inesperada

El campo de San Francisco se está comenzando a vestir de primavera. Las suaves temperaturas de las últimas semanas anunciaban que el invierno poco a poco se iba alejando. Un tímido sol comenzaba a abrirse paso entre unas gruesas nubes, los árboles comenzaban a vestirse de verde y unas tímidas y sencillas margaritas salpicaban el cuidado césped.

Adriana miró el reloj, las 16:48. Aceleró el paso y, con mano firme, se quitó la bufanda y la guardó en el bolso, se desabrochó el abrigo y acomodó la carpeta que llevaba en las manos, ¡qué calor!, cómo ha subido la temperatura, se dijo al tiempo que pasaba rauda y veloz al lado de unos niños que estaban jugando. Atravesó el parque y continuó por la calleja de Santa Susana hasta González Besada. Desde el paso de cebra se divisaba la consulta del doctor Gutiérrez Vera. Esperó a que se abriera el semáforo y llegó al portal, allí le recibió la amable sonrisa del portero quien, educadamente, le abrió la puerta del ascensor.

Berta estaba enfrascada en el teclado del ordenador y no se percató de la presencia de Adriana hasta que estuvo a su altura.

—Hola, guapa —en su rostro se dibujó una franca y espontánea sonrisa.

—Mira quién habla, esos vaqueros te quedan genial Berta.

—Bueno, bueno, eso es que me miras con muy buenos ojos, en estas vacaciones he engordado, creo que al menos dos kilos, pero qué le vamos a hacer, ¡disfruto tanto comiendo! Adriana, sin embargo, tú has adelgazado más, ¿no? —lo dijo abandonando la mesa y acercándose con gesto preocupado.

—Sí, puede, creo que este vaquero me queda más flojo, últimamente me encuentro muy cansada, es como si hacer cualquier cosa me costara un mundo, por eso he venido a ver a Gonzalo.

—Ya vi que tenías cita hoy, y ya le dije a Gonzalo que se las apañara porque después iba a tomar un café contigo.

—¡Fantástico! Tengo ganas de que me cuente tus vacaciones en la Toscana. La conversación quedó interrumpida por el sonido de unos pasos que se acercaban.

—¡Adriana!, tan puntual como simple. Un momento, ahora mismo estoy

contigo.

—Berta archiva el expediente del señor Vázquez y dale cita para la próxima semana.

Gonzalo se dio la vuelta y con una sonrisa le indico a Adriana que entrara en la consulta.

—Dame un beso pequeña, antes no he podido saludarte en condiciones.

—Uno, no, dos.

—Siéntate, ¿has venido sola?

—Si he salido de la facultad para venir, no creo necesario molestar a Leonor o a Flavia, ¿por qué?, ¿ocurre algo? —Adriana miró con curiosidad y preocupación el gesto grave de Gonzalo, este se removió inquietamente en el sillón y comenzó a jugar nerviosamente con un bolígrafo. Su gesto se volvió más grave y su tez morena se tornó pálida. A pesar de ser un hombre robusto, se sintió empequeñecer.

—Adriana, sería mejor que fijemos una hora para mañana y te acompañe Leonor o Flavia, y ahora te vas a tomar ese café con Berta.

—Gonzalo, ¿qué pasa?, te conozco desde niña, eres el mejor amigo de Sergio.

—Nada Adriana, —poniéndose en pie y sentándose a su lado.

—Si no sucede nada, entonces por qué tienes un gesto tan grave y tu voz está apaga, sin contar con que no te atreves a mirarme a los ojos.

—Se me olvidaba lo observadora que eres, por algo estudias psicología, supongo que no te puedo engañar.

—Gonzalo, ¡habla ya! He venido por los resultados de mis análisis y no me pienso marchar sin ellos. Adriana fijó sus enormes ojos negros en Gonzalo al tiempo que su delgado cuerpo se acomodaba en la silla y un mechón de pelo le caía por la cara. Adriana observó cómo Gonzalo se ponía en pie y se dirigía hacia la ventana, nunca le había visto tan asustado, su cuerpo robusto daban la impresión de que había desaparecido tras la preocupación y el miedo que le daba enfrentarse a aquella conversación. El silencio apenas duró unos segundos, que para Adriana fueron eternos. Con paso lento, Gonzalo se acercó a la silla que estaba al lado de Adriana y se sentó de nuevo a su lado.

—Mira Adriana, vamos a tomarnos un café los tres, y mañana cuando

vengas con Flavia o Leonor hablamos de tus análisis.

—No, estoy harta de tanto misterio, habla y dime lo que sea. Me estoy empezando a enfadar.

—¡Adriana, por favor!—clavando sus ojos grises en el rostro de Adriana.

—Gonzalo, ni que me estuviera muriendo, esbozando una leve sonrisa. El rostro de Gonzalo se volvió de piedra y soltó la mano de Adriana.

—Gonzalo, ni que me estuviera muriendo.

El rostro de Gonzalo, se volvió de piedra y soltó la mano de Adriana. —Me estoy muriendo, ¿en serio? ¡Anda ya!, bicho malo nunca muere. ¿Verdad?

—En tus análisis hemos detectado un número exageradamente elevado de leucocitos, por eso los envié a mi colega del hospital para repetirlos y volver a analizarlos.

—Bien, y eso, ¿qué significa?

—Adriana... deberías de estar acompañada por tu abuela o tu hermana.

—Pero no lo estoy, y no lo voy a estar, así que habla de una maldita vez.

—Eso significa que tienes leucemia, —dijo con un hilo de voz —pero comenzando el tratamiento cuando antes existen muchas posibilidades, eres joven y fuerte

—Leucemia, por eso me siento tan débil y cansada

—Si es un síntoma.

—Y mareada y he perdido peso.

—Si, pero cuando empecemos el tratamiento te sentirás mejor

—Mejor, —con voz apagada.

—Sí, ¿estás bien?, ¿quieres tomar algo? Si quieres vamos a dar un paseo y tomamos un café fuera.

—No, —con voz contundente y firme.

—Vale, llamaré a Martínez para que gestione tu ingreso esta semana.

—Gonzalo, he dicho no.

—Adriana, no te entiendo, ¿a qué te refieres con no?

—No me voy a poner quimioterapia.

—¿Qué?, no, de eso nada, tiene tratamiento y lo pondremos.

—No perdona, sé que me quieres mucho y que eres como de la familia, rectifico, eres de la familia, me conoces desde muy pequeña, pero aquí decido yo. Es mi vida, y es mi cuerpo, y lo que me quede quiero vivirlo, como dice Sinatra, «a mi manera».

—Adriana, Adriana; como médico y como amigo no te lo aconsejo.

—Si no me pongo tratamiento, ¿cuánto tiempo tengo?

—Unos seis meses como mucho.

En el rostro de Adriana se dibujó una amarga sonrisa. —La decisión está tomada, no pienso someterme a quimio, quiero vivir lo que me quede tranquila y en paz, en casa rodeada de mis cosas y mis seres queridos, y no en un hospital, rodeada de extraños. Gonzalo, me voy a morir, y yo y solo yo soy la que decide. Muchas gracias por tu delicadeza. Dame un beso que me voy, ya te he robado bastante tiempo.

Una suave brisa la abrazó con dulzura al salir a la calle, la tarde estaba llegando a su fin, un cielo teñido de azul y naranja despedía al día para dar paso a la noche; Adriana suspiró con fuerza, llenó sus pulmones del aire viciado de la ciudad, miró a su alrededor y pensó que la tarde era demasiado bonita para enterarse una de que va a morir, todo era ruido, el ir y venir de los transeúntes, todo lo que la rodeaba era vida. Comenzó a caminar sin rumbo y notó en su interior una especie de angustia. Solo podía ver unos enormes ojos verdes, una sonrisa triste y fingida, todo ello en un rostro bello bronceado por el sol. Gabriel, mi querido Gabriel, cómo te echo de menos, la vista se le nubló y noto que unas ardientes lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Una nube de humo blanquecino salió de la boca de Leonor a la par que el suave balanceo de la mecedora la acompañaba, dejó el puro sobre el cenicero que tenía al lado y con mano distraída acarició a Maurice que dormitaba en su regazo, el gato ronroneó y miró a su dueña de reojo, un ruido que venía del fondo del pasillo le sobresaltó y salió corriendo en dirección a la habitación de Adriana.

—¡Hola, Maurice!, ¿te he despertado? —una bolita de pelo gris y blanca salto a la cama y comenzó a olisquear la maleta con curiosidad. —Ven aquí cariño que te voy a comer a besos—. Adriana se sentó y puso a Maurice en su regazo acariciándolo con dulzura, prepárate que en breve nos marchamos.

Maurice se zafó de los brazos de Adriana, se dirigió a la puerta abierta y salió de nuevo al pasillo seguido por Adriana. —Abuela, la maleta ya está preparada.

Leonor se levantó con lentitud de la mecedora, dejando de nuevo el puro en el cenicero y se acercó a su nieta con gesto preocupado. La luz del medio día entraba con fuerza por el amplio ventanal del salón.

—¿Lo llevas todo?

—Sí, abuela, además me marcho a Cudillero, e iréis a visitarme.

—Claro cariño, no vamos a permitir que pases esto sola, aunque te empeñes en excluirnos.

—¡Abuela! Ya lo hemos discutido hasta la saciedad, mira de Flavia y Sergio sabía que iba a reaccionar tal y como lo han hecho; mi pobre hermana y mi cuñado son unos intransigentes y con la mente cerrada, a pesar de su edad, pero tú, no, abuela. Siempre hemos conectado, somos iguales —dijo con un hilo de voz.

—Querida niña, soy tu abuela, es normal que me preocupe, o qué pretendes que me quede tan ancha, enterándome de que tienes leucemia y de que no piensas luchar.

—Te lo he dicho mil veces, aunque Gonzalo diga que sí tengo posibilidades, no es cierto, nos explicaron en el hospital el tipo de leucemia que padezco y es como la lucha de don Quijote contra los molinos de viento, y no quiero pasar mis últimos meses en el hospital luchando contra algo que es inevitable, quiero vivir, disfrutar de las pequeñas cosas de la vida, pasar este tiempo en ese lugar mágico para mí, rectifico, para nosotras, que es Cudillero. Abuela, necesito hacer un balance de mi vida estando lúcida, es importante para mí acostumbrarme a la enfermedad y aceptarla. ¡Entiéndeme por favor!

—Mi vida, claro que te entiendo, y perdóname, estoy proyectando mis miedos en ti, sé que quieres estar sola y que Maurice te cuidara, todos los fines de semana iremos a pasarlos contigo.

—No te olvides de Elvira, que no se separara de mí, ya estoy viendo las

peleas y enfados con ella, y cómo no, Matilde y Manuel.

—Eso me deja mucho más tranquila, mi niña.

Capítulo 2

Confidencias

La ingrávada y suave luz del otoñal atardecer comenzaba a cubrirlo todo con su manto gris. Las irregulares siluetas de las casas colgadas en la montaña, de bellos colores, contrastaban con el verde de las montañas que se veían al fondo; con los diversos verdes, marrones y ocres de los árboles, que comenzaban a perder sus hojas.

Leonor, en el umbral de la puerta, aspiró profundamente la brisa marina, y depositó la mirada cansada y triste que la acompañaba desde la partida de Adriana, en la Plaza de la Marina, el viejo muelle de Cudillero y el muelle nuevo repleto de coquetas lanchas de vivos colores que se preparaban para pernoctar. Dejó descansar sus hundidos y llorosos ojos en el mar. Un mar gris. Un mar espejó del cielo. Se dejó envolver por la algarabía de los pescadores que regresaban a sus casas después de la dura faena, por el griterío de los niños, por el olor a pescado frito mezclado con el salitre del mar y el fuerte olor a algas. Suspiró profundamente, se enjugó con manos temblorosas las lágrimas que caían por sus mejillas y después de atusar sus blancos cabellos entró en la casa.

Miró el vestíbulo, y sintió, que la entereza e integridad que la habían acompañado durante todo este tiempo la abandonaban.

Era la primera vez que volvía a Cudillero, a la vieja casa donde había vivido momentos tan felices con su esposo y sus nietas Flavio y Adriana. Y ahora Adriana no estaba, su niña, su nieta pequeña no estaba, a sus veinticinco años había abandonado este mundo. Era injusto y terrible ver como se muere alguien que tiene toda la vida por delante. Leonor deseó en esos momentos tener el coraje que había acompañado a Adriana durante toda su enfermedad. Hacía un mes de su muerte y todo seguía igual, nadie tuvo valor para recoger su ropa, sus libros, en definitiva las cosas que la rodearon en los últimos meses de su vida, en su amado Cudillero.

Leonor subió lentamente las escaleras. Sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo al entrar en la habitación de Adriana abarrotada de libros, al ver su mesa de trabajo llena de papeles, tal y como ella los había dejado antes de su meditada y estudiada marcha. Se dejó caer en una silla y miró con desgana los innumerables papeles sembrados por la mesa. En una esquina pudo ver una carpeta marrón y la abrió para ver lo que contenía. Leonor sacó las pequeñas gafas del bolsillo de su chaqueta y comenzó a leer. Sus temblorosos labios dibujaron una leve sonrisa que iluminó su arrugado y curtido rostro por los años y el dolor. «Así que esto es lo que has estado haciendo durante estos meses, mi querida niña.

Nunca le olvidaste, él ha sido alguien importante en tu vida y esta es tu forma de despedirte de él ¡Oh, mi pequeña!, no era capricho de juventud. Mi querida Adriana, tú tenías razón: cuando conoces a tu compañero de espíritu, el corazón lo sabe, tú mi pequeña, lo descubriste siendo muy jovencita. Entro en tu vida sin pedir permiso, instalándose en lo más profundo de tu alma, de tu corazón, descubriéndote un nuevo mundo, sintiendo un huracán de emociones en tu interior».

Leonor se quitó las gafas, pasó su mano por la frente y se acercó a la ventana. Las farolas comenzaban a encenderse ¡Qué bonita estaba la plaza! Todo eran siluetas, formas inconexas que se preparaban para el descanso nocturno. Abrió la ventana y recreó sus angustiados ojos por el pintoresco paisaje ¡Qué paz, qué tranquilidad le producía! Sintió que toda la tristeza, toda la culpabilidad, todo aquel cúmulo de sentimientos que la invadían desde el día que conoció la enfermedad de Adriana se desvanecían por un momento en la oscuridad del anochecer.

El musical y sedante murmullo del mar, le proporcionaban serenidad; para pensar, para tomar decisiones. Pensó en Paulo, en lo hermoso que había sido su amor y en la suerte que había tenido de encontrarlo, de vivir un gran amor y compartir unos años maravillosos con él. Paulo fue mi amigo, mi amante, mi esposo, mi compañero. Siempre me entendió y comprendió. Él fue el hombre que siempre busqué y tuve la suerte de encontrar.

Le doy gracias a Dios por los años tan maravillosos que vivimos. Lo tuve y lo perdí, y nunca pude volver a enamorarme, a sentir nada parecido porque en todos le buscaba a él, ansiosamente le buscaba. Yo que he conocido el auténtico amor, te entiendo, mi pequeña; lamento que mi comprensión llegue tarde, pero te prometo que, en esta aventura, tu abuela será tu cómplice, tu confidente, un secreto entre las dos.

Del piso inferior le llegó una voz familiar que la llamaba, era Matilde que al ver la casa abierta se había acercado.

—Matilde, sube estoy arriba. —Levantándose y cerrando la ventana.

—¡Hola, querida mía!, ¿cómo estás?

—¿Cómo te va Matilde? —Le respondió cortésmente con otra pregunta, intentando de esta forma evitar hablar de Adriana.

—Bien querida, bien. —Dándole un cariñoso abrazo a la vez que depositaba un dulce beso en la fría y blanca mejilla de Leonor—. Pero, no me has contestado, ¿Cómo te encuentras?

—Intentando acostumbrarme a la nueva situación ¡La echo tanto de

menos!

—Lo sé. Nosotros la extrañamos muchísimo. El poco tiempo que la tuvimos cerca fue maravilloso. Siento un vacío inmenso al ver la casa cerrada y tan triste.

—¿Cómo se encuentra Manuel?

—Muy apenado, él la consideraba como la hija que nunca tuvimos.

—Sí, mi querida niña era muy dulce.

—Sí, en el timbre de voz de Matilde se podía apreciar una gran tristeza.

—Creí, no encontraros aquí.

—Manuel está terminando una última escultura para la nueva colección que expondrá en Barcelona.

—Me alegro mucho.

—Estás muy pálida. Ven a casa, necesitas tomar algo caliente.

—No, gracias. Flavia y Sergio están a punto de venir a buscarme. Han ido al cementerio, yo no he tenido suficiente valor.

—Xana y Enol, ¿también vinieron?

—No. Están en época de exámenes y no es bueno para ellos tanta tristeza. Solo tienen trece y ocho años. Además, a Adriana no le gustaría.

—¿Qué piensas hacer con la casa?

—No sé. Me da pena deshacerme de ella, está llena de recuerdos. —Los ojos de Leonor adquirieron vida por unos segundos—. Quizá sea habitada por alguien. Por un amigo de Adriana.

Matilde miró a su amiga con cariño y se fundieron en un abrazo de los que intentan unir los trozos rotos del corazón.

Capítulo 3

Ariel

Sus sensuales labios dibujaban una dulce sonrisa que si uno se fijaba un poco, se podía apreciar que no era más que una máscara que malamente ocultaba el cansancio y la tristeza de sus ojos. Unos enormes ojos verdes que contrastaban perfectamente con su piel morena y su pelo castaño. Ariel se encontraba rodeado de gente; toda ella ligada, directa o indirectamente, al mundo de la música, e imprescindible en la presentación de un nuevo disco. Se acercó al bar en busca de una copa, y un lugar donde poder estar tranquilo. En los últimos meses, había forzado mucho su cuerpo y su mente. Primero la composición de las canciones y los posteriores arreglos, después la grabación, y como no, la presentación del nuevo disco y la promoción; ni más ni menos que una gira de tres meses por América Latina.

Tomo la copa y comenzó a abrirse paso entre la gente, su intención era llegar a la terraza y disfrutar de la maravillosa vista de Los Ángeles que desde allí se podía divisar. Pero en mitad del trayecto notó que una mano le oprimía el hombro con fuerza y lo saludaba efusivamente.

—¡Ariel!, mi más sincera enhorabuena, un disco fantástico, lleno de sentimiento.

Ariel recorrió con la mirada al sujeto que estaba delante de él, no haciendo el menor esfuerzo para recordar quién era aquel individuo de ojos saltones y voz afeminada.

—¿No me recuerdas? Soy Genaro Méndez. Te he entrevistado en un par de ocasiones.

—¡Ah!, Perdona, no logro recordarte.

—Sí, te entrevisté en México cuando aún eras un niño de once años y comenzabas tu carrera. La otra entrevista fue cuando regresaste a México con el segundo puesto en el festival de San Remo debajo del brazo ¡Caramba muchacho!, hay que ver lo que has cambiado desde el inicio de tu carrera, en este difícil mundo, y aquí sigues, cosechando triunfos y escribiendo tu nombre con letras de oro.

—Cuando te sientes bien con lo que haces y crees en lo que haces, el esfuerzo y el sacrificio no te importan.

Ariel intentó continuar con su idea inicial, llegar a la terraza. Así que

comenzó a caminar.

—Mañana comienzas la gira, ¿verdad?

—Sí, comienza en Miami y terminará en Argentina.

—Pues no te entretengo más. Te deseo mucho éxito.

—Gracias. —Ariel acompañó su agradecimiento con un simulacro de sonrisa que iluminó su anguloso rostro.

—Una cosa más, Icíá Gómez, ¿te acompañará en la gira? —El rostro de Gerano no podía ocultar que de la respuesta de Ariel podía salir una exclusiva —. Se ha comentado que sois muy amigos.

El rostro de Ariel no abandonó su peculiar sonrisa y simpatía que lo caracterizaban, al oír la pregunta de Genaro.

—Cuando tenga que comunicar algo, lo comunicaré, pero mientras, no quiero que nadie se entrometa en mi vida privada.

—Eso es una utopía con la que todos los famosos soñáis. Hasta otro rato.

Ariel miró el local repleto de gente, vio como Genaro se abría paso entre la gente y se perdía entre esta. A metros de él pudo ver a Héctor y Gonzalo vigilando atentamente cada uno de sus movimientos, se habían convertido en su sombra, eran como si formasen parte de su persona. Héctor y Gonzalo eran sus guardaespaldas más antiguos, que lo protegían como si fuera la más preciada joya desde sus once años.

Por fin llegó a la terraza, se dejó caer en un cómodo sillón, cerró los ojos y suspiró: «Al fin solo, estas fiestas son agotadoras, cada año las llevo peor», pensó Gabriel, y recordó como al principio de su carrera no podía asistir a ellas, porque su padre le decía que era un niño. «Cuando cumplí los dieciséis empecé a disfrutar de mi propio éxito, pero siempre con la atenta mirada de papá, y como no, de los guardaespaldas, vigilando, controlando cada uno de mis movimientos, pero a medida que pasaba el tiempo me cansaban».

Ya han pasado dieciséis años, y es como si todo y nada hubiese cambiado. He perdido cosas irremplazables, como mi infancia, de la que nunca pude disfrutar. Hace tres años que papá se fue para siempre. No, para siempre no, porque en cada canción, en cada éxito, en cada sueño, está él.

Todo y nada ha cambiado. En mi interior sigo sintiéndome aquel niño que anhelaba su mayoría de edad para hacer lo que le viniera en gana, para tomar el rumbo de su carrera y expresar con sus canciones

todo lo que llevaba en su interior. Pero la realidad es que a los veintisiete años se encontraba prisionero de su éxito, como cuando tenía quince.

Ariel abrió los ojos y comprobó que alguien se acercaba, era Tito Cifuentes, uno de sus managers desde hacía años.

—Así que estás aquí, ¿estás bien? —Tito se sentó enfrente de Ariel desabrochándose la chaqueta del esmoquin.

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—Te veo un poco apagado. Tú eres el centro de atención, no puedes permitirte melancolías ahora. Tienes que vender a Ariel y su música y la mejor forma es siendo encantador, simpático y luciendo una gran sonrisa.

—Sí. Ya sé. Necesitaba estar solo.

—Bien, entonces vamos. Nos quedamos unos minutos más y luego nos vamos, mañana será un día muy duro.

Ariel suspiró una vez más y clavó sus verdes ojos en Tito. Observó su rostro frío y distante, su pelo negro salpicado por alguna cana, sus inexpresivos ojos marrones enmarcados por abundantes cejas y alguna que otra arruga que anunciaba el paso del tiempo. Tito se puso de pie y Ariel observó su robusta complexión.

—¡Ariel!, ¿no me has oído? ¡Vamos!

—Sí, ¿sabes lo que me gustaría hacer?

—¿Qué? —dijo con voz tediosa.

—Pasear descalzo por la playa, sentir la arena mojada debajo de mis pies. Sentarme en la arena, contemplar las estrellas, en esta noche maravillosa y dejarme envolver por el susurro de las olas, y sentir la brisa marina acariciándome.

—Ariel, ahora no puede ser y más tarde tampoco. Mañana tienes que estar descansado para dar lo mejor de ti en el escenario.

Tito se abrochó la chaqueta y salió en dirección al salón atestado de gente.

Capítulo 4

Cudillero

Leonor, estaba ojeando el periódico, mientras llegaba Gabriel. El desayuno ya estaba listo y Gertrudis había ido a avisarlo.

—Buenos días. ¿Qué tal has dormido?

—Muy bien, gracias. ¿Y usted?

—Bien, hijo. Siéntate. Vamos a desayunar. Se me olvidaba. Esta mañana temprano ha llamado Flavia, te espera en la cafetería de la Facultad de Medicina para comer juntos.

—¿Le sirvo café?

—Sí, gracias. Gertrudis puedes ir a la compra.

—Bien.

—Me imagino, mi querido Ariel, que tendrás preguntas qué hacerme.

—Ariel, no, Gabriel.

—De acuerdo, ¿qué quieres saber?

—Preferiría que usted me contara lo que considere oportuno.

Leonor se acomodó en la silla y comenzó. No sé por dónde empezar. Empezaré hablando de Paulo. Como pudiste comprobar, mi esposo era brasileño. Lo conocí aquí, en Oviedo, en la universidad, ya que cursó sus estudios aquí. Nos casamos y tuvimos una hija, la madre de Flavia y Adriana. Los años pasaron, pero un fatídico día los padres de Adriana murieron en un accidente aéreo. Adriana tenía dos años y Flavia nueve. Nosotros las criamos y más que nuestras nietas pasaron a ser nuestras hijas. Pero años más tarde el Destino me tenía guardado un doble sufrimiento. Primero, la muerte de Paulo de un infarto, y cinco años más tarde la de Adriana. Preferiría no hablar de Adriana, ni te voy a preguntar lo que contenía lo que te entregué en Los Ángeles.

—En primer lugar, quiero disculparme por la conducta tan incorrecta de mis guardaespaldas.

—Tú no tienes la culpa.

—Se preguntará, ¿por qué estoy aquí? Necesitaba un cambio. Y Adriana me hizo comprenderlo.

—Sí, todo el mundo necesita alejarse durante un tiempo de lo que hace. Aunque tú, no te quejarás. Tu carrera es laudable.

—Yo no estoy tan seguro de ello. Por primera vez me he planteado, si merece la pena lo que hago.

—No sé, querido Gabriel. Yo no puedo opinar.—Regalándole una amplia y franca sonrisa.

—Me quedé muy sorprendido al enterarme de la muerte de Adriana. En algún momento, en su carta, declaraba que tenía una enfermedad mortal. Pero nunca me imaginé que estuviese muerta. ¿Cuándo fue en mi busca, ya había fallecido?

—Sí.

—Me hubiese encantado conocerla.

—Mi niña, era todo un carácter. Cuando se enteró de su enfermedad no perdió en ningún momento la integridad y la capacidad de decisión.

—¿Qué enfermedad tenía?

Leonor suspiró y con voz apagada contestó.

—Leucemia. Decidió no someterse al tratamiento de quimioterapia. Decía que quería vivir los últimos meses lúcida, y sin sufrir los devastadores efectos del tratamiento. Los últimos meses los pasó en la casa de Cudillero.

—¿Cudillero?

—Cudillero es un pueblo de pescadores precioso, situado cerca de Avilés. Cuando las niñas eran pequeñas, íbamos de vacaciones allí. A Paulo le fascinó el lugar nada más verlo.

—¿Qué tienen allí familiares?

—No. Una vieja casa en el barrio de la Ribera.

Una casa que Adriana decoró a su manera, y que es un claro reflejo de ella. Una casa situada en la parte más pintoresca de Cudillero y desde la cual se puede ver el mar.

—Antes de irme, ¿podría visitar la casa?

—¡Por supuesto! Te voy a dar las llaves, y si te gusta puedes quedarte en ella todo el tiempo que quieras.

—¿De verdad?

—Sí. La casa está cerrada y le vendrá bien alguien que la habite.

Unas voces que llegaban del exterior lo sacaron del tranquilo y profundo sueño de la noche. Hacía tiempo que no dormía tan bien. Saltó de la cama y se asomó a la ventana, recibiendo el saludo alegre del sol. Su mirada buscó entre el pintoresco paisaje de casas y escaleras de piedra que servían de acceso a las casas colgadas. Miró hacia la plaza y se deleitó con el ir y venir de la gente. Pero las voces continuaban, Gabriel abrió la ventana y se encontró con dos mujeres de edad mediana, que parecían mantener una amistosa conversación, elevando el timbre de sus voces. Se apoyó discretamente en el alféizar de la ventana e intentó comprender lo que estaban diciendo.

—¿Qué ti pasóu, Manulina?

—Pos mira, pa que lu sepas, Antona, ya esa fía de Valiantí, porqui dixi qui el sou mozu iba con otra rapaza. Descalzóusi una madreña y arimóumi, qui poum más quiedu tuerta.

—¡Ya ven aia, pavarón! ¿Non arriasti una morrada?

—¿El quei? Tireime al pisamasu, esgaroluñella na cara. No eu conoz nin su ma.

—Pos ahora el mozu ha dexalla.

—Si la dexa, que la deixe.

Gabriel siguió la conversación entre asombrado y divertido. Asombrado por el elevado tono de sus voces y divertido por el singular lenguaje que estaban utilizando y que le era prácticamente incomprendible. Sintió que su cuerpo inerte se negaba a separarse de la ventana hasta no saber de qué iba la conversación de aquellas dos mujeres, que también la escenificaban con gestos. Pasados unos minutos comprendió, gracias a su mímica, que la mujer de la derecha (Antona)

contaba a la de la izquierda (Manulina) lo que le había pasado con la hija de un tal Vialantí, por culpa del novio de la hija de este señor.

Gabriel, después de enterarse, a medias, de la conversación de las dos mujeres, cerró la ventana y miró la habitación desordenada, con todo su equipaje tirado por el suelo. La primera impresión que le produjo esta visión, fue de paz, serenidad, tranquilidad y libertad. Libertad, hoy se sentía libre, tan libre que no sabía qué hacer. Libre de guardaespaldas, de productores, de toda la gente que estaba a su alrededor o, mejor dicho, alrededor de Ariel. En medio de todo aquel desorden, comprendió que ese día estaba abriendo una nueva etapa de su vida. Bajó las escaleras. El vestíbulo estaba agradablemente iluminado por una blanquísima luz que se filtraba por los cristales de la puerta, desde el exterior. El vestíbulo estaba decorado con varios cuadros pintados al óleo. Sin duda algunos pintados por Adriana. En un extremo, se encontraba un perchero de madera de estilo provenzal y justo al otro lado del vestíbulo un original paragüero. Nada más salir del vestíbulo se encontraba un amplio salón, con amplias cristaleras y desde el cual se podía ver el mar. Los muebles eran de estilo provenzal y en medio del salón se encontraba instalada una antigua estufa de leña. La decoración era sencilla, pero cuidando los más pequeños detalles.

Desde el salón se accedía a la cocina. Una cocina amplia y amueblada con un consistente banco y mesa de castaño. En un extremo se encontraba una hermosa alacena. Desde la cocina se pasaba a un pequeño cuarto en el que se encontraba la lavadora y la tabla de planchar.

Gabriel volvió sobre sus pasos y miró lo último del piso de abajo, la habitación de invitados y un pequeño cuarto de baño. Subió de nuevo las escaleras. En el piso de arriba había dos habitaciones y otro cuarto de baño. Una habitación era la que él había ocupado. La otra pensó que sería la de Adriana, pero se equivocó, cerca del cuarto de baño descubrió unas pequeñas escaleras de caracol que la noche anterior no había visto. La curiosidad lo empujó y se encontró en la habitación de Adriana. Sin duda alguna era la más hermosa de la casa. Por su lugar recogido, recordó que ella lo mencionaba en su larga carta. Era espaciosa. En un extremo se encontraba una amplia cama de castaño y una mesa camilla vestida con los mismos tonos del edredón. El resto de la habitación estaba ocupado por un sofá, una amplia mesa sembrada de papeles, una gran estantería con libros y al fondo un caballete y una pequeña mesa con todos los utensilios necesarios para pintar. Desde la ventana se podía disfrutar de una magnífica vista de Cudillero, y como no, del mar. Del bravo mar Cantábrico.

La casa le había cautivado desde el primer momento. Toda ella le producía tranquilidad y serenidad. Era una casa coqueta y acogedora, en la que no existían grandes lujos, pero contenía el encanto de la sencillez y

la naturalidad.

Una casa en la que se podían apreciar pequeños detalles y que le daban un encanto muy personal y especial. Sin duda alguna, a Adriana le encantaban las flores y eso se podía apreciar en los numerosos centros y floreros que existían en la casa.

Llevaba más de quince minutos caminando por aquel laberinto de casas, escaleras de piedra y callejuelas sin salida. Gabriel descubrió con agrado que en lo más profundo de su persona aún conservaba la capacidad de asombro de un niño. El asombro que le producía aquel singular, pero hermoso lugar, con las casas colgadas en la montaña, las escaleras de piedra, los balcones adornados con ropa que contribuían a dar colorido y personalidad al paisaje y en alguno de ellos, compartiendo protagonismo con la blanquísima colada, una especie de peces, que Gabriel no entendía por qué los colgaban a secar como si fueran una prenda más de la colada. Miró distraídamente el reloj y comprobó que la tarde estaba llegando a su fin y que si no lograba salir de este laberinto se le haría de noche para ir al cementerio. Al pasar delante de un balcón, adornado con innumerables geranios, vio a una señora que lo observaba y decidió pedirle ayuda.

Gabriel vio a una señora de unos sesenta y cinco años, con una piel extremadamente morena y curtida por el sol y el mar, que lo miraba de arriba abajo con unos ojos expectantes y llenos de curiosidad, y decidió pedirle ayuda.

—Sí, ¿llamábasmi?

—Sí señora. Quiero ir al cementerio, pero temo que me he perdido.

—Claro, bou mozu, tas en la calle Salsipuedes. Has atendemi, sube todas esas escaleras e allí está lo que buscas.

—Gracias, señora.

—De nada, bou mozu.

Gabriel siguió las instrucciones que le acababan de dar, mientras en su rostro se dibujaba una enorme sonrisa. Calle Salsipuedes, como para encontrar la salida. Aquellas escaleras se hacían interminables y cada vez eran más estrechas y sinuosas, pero toda la incomodidad del camino la compensaba la belleza del paisaje. Un paisaje pintado en azul y verde, el azul del cielo y del mar, un azul del mar adornado con el blanco de las olas que producían la bravura del Cantábrico.

Un paisaje pintado en azul y verde, no un verde, sino una gama infinita de verdes. El verde de las montañas, de los prados, de los árboles,

un verde salpicado por coquetas, tímidas y sencillas flores silvestres y en toda aquella expresión de colorido, Cudillero surgía altivo y orgulloso entre tanta belleza natural.

En todo el recorrido, Gabriel no se había planteado ninguna cuestión, simplemente se había limitado a dejar su mente en blanco y empaparse de todo lo que lo rodeaba. Era ahora, cuando advirtió que estaba llegando a su destino. Cuando sintió que un cosquilleo le recorrió el cuerpo. Se encontraba en un sitio maravilloso y de singular belleza por las confidencias de una desconocida que conocía rasgos de su personalidad que él mismo desconocía.

Casi sin darse cuenta se encontró en la puerta del cementerio. Dubitativo, entró y no supo qué buscar. Leonor no había sido muy explícita, simplemente se había limitado a decir que enterraron sus restos en Cudillero. Gabriel sacó en conclusión que entonces debía buscar una tumba en la que figurara el nombre de Adriana Valdés. Lo intentó con varias tumbas, pero sin éxito. El lugar lo estaba empezando a poner nervioso, decidió dirigirse a un grupo de mujeres que estaban arreglando una tumba. Estas, muy amablemente, le indicaron que era la última, la que se encontraba cerca de unos castaños, que se veían al fondo. Con paso ligero se dirigió hacia la tumba de Adriana, pero no encontró nada que se le pareciera. Cerca de los castaños, no había nada, sin duda alguna no lo habían entendido. Gabriel estaba dispuesto a rendirse cuando divisó un arbusto, que no acertaba a distinguir. La curiosidad hizo que se acercara y así fue como encontró la tumba de Adriana. El arbusto que había divisado era un rosal, con multitud de capullos rojos. En la tierra pudo ver una placa.

